

EL ETERNO TRANSPARENTE

LINDA BERRÓN

Cuando quiso introducir la llave en la cerradura, comprobó sorprendida que no entraba. Trató nuevamente, pero no pudo. Probó con las demás llaves y tampoco. Observó con detenimiento la cerradura, ¿la habrían cambiado?, parecía la misma de siempre, como la puerta, como la casa. También la llave plateada y redonda era la misma. ¿Habrían tachado la cerradura?

Tocó el timbre con larga insistencia, dos, tres veces. La muchacha abrió, impaciente y malencarada. Sin decir nada, dio medio vuelta y se fue a la cocina.

Todo parecía estar en su lugar. Guardó la llave en la cartera.

En el jardín, los niños jugaban con el perro. La tarde estaba soleada. Alejó la incertidumbre de sí y se acercó a darles un beso. No le hicieron mucho caso.

Se sentó en la mecedora para disfrutar un rato de la frescura del corredor. Los helechos colgaban sin una gota de brisa.

Empezó a oscurecer lentamente. Al rato llegó su marido. Protestaba por el calor, las presas del tráfico y la reunión que tenía a las ocho de la noche.

- ¿Cómo entraste a la casa? –preguntó seria.

Él la miró extrañado.

- ¿Cómo voy a entrar?, como siempre. ¿Qué es esa pregunta tan rara?

- ¿Abriste vos mismo la puerta? –insistió con la misma gravedad.

- Claro que no. La muchacha me abrió. Oíme, ¿qué te sucede?

- Yo no pude abrir la puerta. La llave no entraba en la cerradura.

- Seguro era otra llave.

- No, era la misma de siempre.

- ¿Comemos ya? Tengo una reunión a las ocho –le dijo desde el comedor.

Deyanira, sin pensar más en el incidente, pero sin olvidarlo tampoco, continuó con la rutina vespertina.

Al día siguiente por la mañana, se levantó la primera como de costumbre. Supervisó que los niños estuvieran listos a las siete, hora en que pasaba el microbús a recogerlos.

Cuando terminó de arreglarse, se fue a poner los zapatos azules de tacón bajo y comprobó que le que-

daban enormes. Se los calzó una y otra vez pero siempre se le salían al caminar. Se probó los negros, los marrones, los tenis. Todos le quedaban grandes.

Su marido se afeitaba concentrado en la imagen del espejo.

- ¡Qué raro, todos los zapatos me quedan grandes de pronto! –le dijo con tono inseguro.

- ¿Te estás haciendo pequeña? –preguntó divertido.

Deyanira regresó al dormitorio. Miraba, perpleja, los pares de zapatos que se había probado repetidas veces.

-Es increíble –decía en voz baja mientras rellenaba las puntas de los zapatos azules con algodón.

Desayunaron en silencio. Deyanira no se atrevía a hablar de algo que parecía tan absurdo y sin embargo tan inquietante.

Se despidieron con un beso y cada uno marchó a su trabajo.

Deyanira caminaba costosamente: trataba de afeurrarse con los dedos contraídos a la suela bambolean-te de los zapatos.

Al bajar del bus, el zapato derecho salió despedido y fue a parar al caño. El agua sucia empapó el algodón. Ahora cojeaba al arrastrar el zapato para que no se saliera.

Respiró aliviada cuando llegó al edificio de la empresa donde trabajaba. Al acercarse a su oficina, comprobó que estaba abierta. Se extrañó porque sólo ella tenía llave.

Abrió la puerta y se encontró en su escritorio a una mujer desconocida que tecleaba la máquina de escribir.

- Disculpe –dijo.

- ¿En qué le puedo servir? –respondió la mujer con excelentes modales.

Titubeó. Nunca se le había dado bien la defensa del territorio.

- Disculpe –repitió–, ¿quién es usted?

La mujer siguió sonriendo.

- Marta, para servirle.

¿Y qué está haciendo aquí?

- Soy la secretaria personal de don Julián, respondió más seria.

- No es posible, la secretaria de don Julián soy yo, ésta es mi oficina, hace casi seis años...

- ¿De qué está usted hablando? ¿Es una broma? —preguntó airada poniéndose de pie. Aquella mujer parecía hablar en serio. No le quedaba más remedio que explicar lo evidente.

- Mire, yo he sido la secretaria de don Julián desde hace seis años. No sé lo que usted pretende, no sé si es una broma de mal gusto, vea, este es mi escritorio, el florero, la fotografía de mis hijos...

Y Deyanira enmudeció al ver la fotografía de un atractivo muchacho en el lugar donde habían estado sus dos hijos montados en un subibaja.

- Es Andrés, mi novio, —añadió contundente la mujer.

- ¡Pero no puede ser! ¡Vamos a preguntarle a Elvira, la señora de la soda, o a Sonia, la recepcionista, o a don Julián, a quien usted quiera!

- Mire, me parece que usted está loca. Yo trabajo aquí desde hace tres años y nunca la he visto en esta oficina. No sé cómo se sabe los nombres de Elvira y Sonia, pero todo esto me parece sospechoso. Por dicha ya llegó don Julián, lo voy a llamar.

Deyanira miró la puerta de la oficina de don Julián. Él lo explicaría todo. ¿O no? ¿Y si no lo hacía? Se sentó en una silla, los ojos fijos en aquella puerta. Era una niña esperando un examen, o al dentista.

Un hombre muy alto, don Julián Vallejo, se detuvo frente a ella, la mirada insolente y curiosa.

- Don Julián —murmuró Deyanira.

- Buenos días, señora —le dijo con distancia.

- Don Julián —continuó—, esta joven dice que es su secretaria...

- Efectivamente, Marta es mi secretaria.

- Pero don Julián, yo soy Deyanira, he sido su secretaria desde hace seis años. Empecé a trabajar con usted en el edificio viejo, antes de pasarnos. Las facciones de don Julián se suavizaron un momento al contemplar la angustia de aquel rostro.

- Mire, señora, usted está equivocada. Seguro me confunde con otra persona. Yo no la conozco a usted ni ha trabajado nunca en esta empresa que yo recuerde. ¿Por qué no se va a su casa y descansa? ¿Por qué no va al médico?

Bajó la mirada. Tenía unas ganas infinitas de llorar.

- Hágame caso, señora, váyase y tranquilícese. Don Julián le dio la espalda y se perdió en la luminosa oficina.

La secretaria la miraba sin triunfalismos.

Deyanira se levantó y arrastrando el zapato derecho lo más airoso que pudo, salió a la calle.

Colgando de la barra del autobús, permaneció con la mirada fija en una mancha amarillenta del vidrio. No pensaba nada, excepto que era imposible pensar nada.

Se bajó del autobús cuidando de no dejar perdido ningún zapato. Ya había caminado unos cincuenta metros cuando percibió que se había pasado de parada, que su casa quedaba muy lejos, que tendría que caminar cuesta arriba más de un kilómetro.

Estaba muy cansada. Con paso cada vez más lento y fatigado llegó a la vía del tren. Allí se detuvo largo rato mirando a lo lejos. La añoranza de los rieles cuajó dolorosamente en su cerebro, un algodón duro en el mediodía canicular.

El microbús escolar llegó a la casa al mismo tiempo que ella. Vio a su hijo mayor correr hacia el jardín pero no vio al pequeño.

- ¿Qué se hizo Pablo? —le preguntó.

El niño se volvió a mirarla.

- ¿Cuál Pablo? —contestó.

- Tu hermano, ¿quién va a ser?

- Yo no tengo hermanos.

La puerta de la casa se abrió en ese instante y el chiquillo se perdió en ella como una exhalación.

Deyanira quedó inmóvil frente a la muchacha que la miraba con desconfianza.

- ¿Qué se le ofrece?

Junto a ella apareció otra mujer.

- ¿Quién es, Dorita?

- No sé, —refunfuñó, y se fue.

- ¿Qué desea?, —preguntó sonriente la mujer.

Deyanira miró sus dientes separados, su cabellera alborotada, sus ojos claros. Preguntó por preguntar, por pura inercia.

- ¿Quién es usted?

- Vera de Martínez

- ¿La esposa de Luis Alberto Martínez?

- Así es.

Deyanira dio la vuelta despacio y atravesó el pequeño jardín mirando al suelo.

Un automóvil se detuvo en ese momento frente al portón y Luis Alberto Martínez descendió apresurado. Desde la acera vio a una mujer que salía de su casa, la mirada ensimismada en sus zapatos azules.

Observó con atención que, a medida que avanzaba, se iba haciendo cada vez más pálida y transparente, hasta que desapareció.